

esta carta me desbordaba la sangre en el corazón; las lágrimas me salían á los ojos, cayendo á gotas sobre la mesa. Decid á mi mujer que ella también haga decir una misa por mí. Mi mujer y mis hermanos han venido á verme hasta mis últimos momentos. También os ruego que déis la noticia de que he muerto á mis tíos y tías y á mi madrina y mi abuelo. Comunicad mi saludo de muerte á Teodoro, á Pedro, á Basilio, á Miguel y á todos mis conocidos. Escribidles también que ya no me cuento entre los vivos á la tía que está en Baku y á mi hermano Basilio. Padres míos: si recibís la cantidad que me deben por el accidente que me ha ocurrido, os ruego fervorosamente que os construyáis con él una buena casa. ¡No me olvidéis, queridos padres míos! No me lloréis, porque os quedan otros cuatro hijos; ellos os bastan; podréis pasaros sin mí. ¡Adiós, pues, padres míos, adiós otra vez! Adiós, aldea querida donde he visto la luz y donde he pasado mis primeros años. Adiós, amigos míos. Perdonadme á mí, malhechor arrepentido. Acaso Dios no me abandonará y me perdonará mis pecados.

»Esta carta la he escrito cuando iba á morir; me temblaba la mano y me palpitaba el corazón. Perdonadme lo mal escrita que va; la he escrito muy aprisa. ¡Adiós, adiós!, ya no existo. Adiós otra vez, mujer mía querida, amada mía. Adiós á todos. No tengo tiempo. Me esperan. Vuestro

hijo, que tanto os quiere, *Basilio Maximof Karamiscef.*»

El lector puede ver que no hay aquí traza ninguna de la psicología característica de los *anarquistas-expropiadores*, y ni siquiera la sombra de una separación del medio ambiente ó de su negación. Esta alma que se separa del mundo es el alma de un campesino fuertemente ligado á la tierra, á la sociedad en que ha vivido, á todo su mundo.

En la provincia de Saratof, distrito de Balascef, se condenó á muerte á un tal Sciarismof. Su padre, viejo y ciego, que vivía en la aldea cosaca de Zimlian, en la región del Don, recibió de él la carta siguiente (1):

«Querido padre, salud. Te envío mi último adiós y te deseo mucha... mucha... felicidad. Perdóname que durante tanto tiempo no te haya escrito. Creerías que yo, próximo al fin, te había olvidado. ¡Oh, querido padre! No me acuses tan cruelmente. Todo este tiempo de nuestra separación ha sido para mí una continua serie de tormentos. Yo no he vivido sino con la esperanza de que llegaría el día de unirme para siempre contigo; en que tendría fuerzas para atraerte á mí y poner sobre mi pecho tu cabeza cana y curar las heridas mortales que he producido en tu pobre corazón torturado. Pero aquel día no vino;

(1) *Kievskia Vjesti*, núm. 64, 6 Marzo de 1909.

mis esperanzas no se han cumplido, y sólo me ha quedado la amarga realidad. Estoy en la cárcel desde el 29 de Mayo de 1908. El 23 de Enero fui juzgado y condenado á muerte. La sentencia ha sido enviada, para la confirmación, al jefe de las tropas; pero hay pocas probabilidades de que me conmuten la muerte por la prisión. Me quedan treinta días de vida. Si puedes, ven, querido padre, te dejarán verme. Estoy en la cárcel bajo el nombre de Sciarismof. Escríbele una carta á mamá y dile que mi último ruego es que no te abandone y que consuele tu pobre cabeza. Besa á Pascualito y á Miguelito. Saluda á toda la familia. ¡Adiós, padre!»

Como el condenado esperaba, la confirmación vino.

Aun más claro aparece el arrepentimiento en las cartas escritas por el jovencito Eugenio Maurofridi, condenado á muerte por el Tribunal militar del distrito de Novocerkank en Diciembre de 1908:

«Querida mamá, salud.

»Por voluntad del Altísimo estoy todavía vivo, pero no sé lo que será de mí pronto, si darán ó no cumplimiento á la sentencia; pero yo, mamita querida, siento que éstos son los últimos días de mi vida y acaso las últimas horas. Hace ya diez días que aguardo la muerte, y por la noche no duermo, estoy pendiente de todos los ruidos. Cuando oigo los pasos de un carcelero, creo que viene á

llevarme y casi me alegro, porque me parece preferible morir en la horca á estar esperando á cada momento que se abra la puerta y me digan: ¡Sal! Pero, querida mamá, que se haga en todo Su santa voluntad; yo espero en Él. También Él ha sufrido; pero ha sufrido por nuestros pecados, por los pecados de todo un pueblo, mientras que yo sufro por no haberla escuchado á usted, mamita querida; por no haber rogado á Él, que ha muerto por nuestros pecados. Sí, mamita querida; he pecado ante Dios y ante usted; me arrepiento, pero me parece que ya es tarde; sí, mamita querida; si hubiera hecho caso de usted y hubiera rogado á Dios, nada semejante me hubiera ocurrido; en vez de eso, he escuchado los consejos de los compañeros y he abandonado mi destino en el Banco. Si no lo hubiese dejado no estaría ahora en la cárcel y no esperaría por momentos la muerte, sino que esperaría, como todos los buenos cristianos, en medio de vosotros, amados míos, la Navidad. ¡Pero cúmplase en todo la voluntad del Altísimo. Si he de morir, moriré; si no. . .

»Mamita querida, vigila mejor á Nicolasito; haz que tenga juicio, que ruegue á Dios por todos vosotros y también por su pecador hermano: acaso Dios lo escuchará; pero por mí, mamita querida, no te atormentes, como tampoco Maruja. Ella es obediente; ha estudiado, ha rogado á Dios por su hermano pecador. . . Vigílelos, tan-

to á Nicolasito como á Maruja. Dígales que se dejen guiar por usted, y no por los amigos y compañeros.

»Querida abuela, sé que le causo un gran dolor, porque me quiere mucho; pero no me culpe por ello y ruegue á Dios por mí. Sí, abuelita mía, es doloroso morir á mi edad; no tengo más que diez y ocho años y debo morir; mas, pues que Dios lo quiere, sea. Si el Señor me separa de vosotros, amadísimos míos, en la tierra, nos reunirá allí donde está mi buen padre. ¿No es verdad, abuela? Consuele á mamita; dígale que aun le quedan Nicolasito y Maruja; yo ruego á Dios que encuentre en ellos un consuelo.

»Por ahora, pues, hasta la vista, y acaso adiós; el Señor lo sabe. Os beso á todos fuertemente; besad por mí á tío Sciura, á Nicolasito, á Maruja y á todos los demás». — *Eugenio Maurofridi.*»

En el mismo tono va escrita la carta á su hermano, á aquel Nicolasito á quien recuerda varias veces en la carta anterior. Le pide que no abandone á su madre y á su hermana:

«No tienen más esperanza que tú; haz que esta esperanza sea fundada; protégelas; instruye á María para que se haga una verdadera señorita y no sea una cualquiera. . .

. . . Querido Nicolasito: Si muero, te dejaré mi crucecita de oro con su cadena de plata; podrás reclamarlas en la dirección de la cárcel; pón tela

al cuello y llévala hasta la muerte; te lo ruego por amor de Dios; esta será la bendición de tu hermano pecador».

A Tangarog, donde vivían los padres de Maurofridi, llegaron las cartas con una nota del Fiscal. *Escrita el 18 de Diciembre.* No sabemos lo que decidiría hacer la infeliz madre, pero la sentencia se confirmó, y el 29 de Diciembre de 1908 el joven Maurofridi fué ahorcado á los diez y ocho años.

¡Y cuántas madres, padres, hermanos, hermanas y abuelos recibieron, en estos últimos años, cartas semejantes! ¡Qué horrible cúmulo de sufrimientos irreparables é inolvidables pesa sobre todas estas personas absolutamente inocentes! . . .

Aquel viejo ciego, Scirimof, que en la aldea cosaca de Zimlian recibió de su hijo la carta citada más arriba, quiso cumplir su ruego y se fué á Saratof para obtener la última entrevista. Para obtener una sencilla información de si su hijo estaba vivo ó si ya se había ejecutado la sentencia, tuvo que ir de Saratof á Kasan, y solo volver de esta ciudad; supo, finalmente, que su hijo ya había sido ahorcado. ¿Qué será ahora de aquel pobre viejo? ¿Vive, ó bien no ha podido resistir el duro golpe y ha seguido á su hijo? No lo sabemos. Probablemente se sabrá en la aldea de Zimlian.

Hubo casos — dice un colaborador del pe-

riódico *Nascia Gaseta*, después de haber descrito los sufrimientos del padre de Sciarismof — de intentos de suicidio de parte de próximos deudos de los condenados, que no resistían al horror de tales pérdidas. En todos estos casos, sin duda, la sociedad castigó al inocente al mismo tiempo que al culpable (1).

He aquí un cuadro de la vida cotidiana, que el señor A. P. ha descrito tomándolo del natural en el periódico *Riech*. El autor tuvo ocasión de hacer un viaje el 3 ó 4 de Enero de 1909 en el tren que sale por la noche de Stravapol, en el Cáucaso. Viajaba en un vagón de tercera, y la conversación era general. En la primera estación entró en el departamento en que iba el autor un hombre decentemente vestido, con el traje que llevan en el Cáucaso los emigrantes de los gobiernos de la pequeña Rusia. A primera vista no se veía nada de particular en aquel emigrado, tanto, que no atrajo la atención de ninguno de los viajeros. Se trataba de un tipo corriente, de los que se encuentra uno todos los días, y según la costumbre, también él debió tomar parte en la conversación general del vagón. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Adónde iba? ¿Á qué? ¿Comercio? ¿Compra ó venta de granos, ganados, uva ó manteca? Se supo que iba á Tavria, y no por asuntos comerciales... ¿Para qué entonces?

(1) *Nascia Gaseta*, núm. 53, 5 Marzo 1909.

— Es que... me ha ocurrido una pequeña desgracia... Qué queréis; es una cosa corriente. *Á todos llega alguna desgracia. No se puede evitar. Así es la vida.*

— ¿Algún enfermo?

— No; ningún enfermo... *Me han ahorcado un hijo.*

Quedaron todos emocionados por el tono aparentemente tranquilo de aquella respuesta. La noticia era inesperada y excedía á lo ordinario. A tal *suceso de todos los días* ni aun nuestro pueblo ruso se ha habituado á considerarlo como un tema ordinario de conversación en el tren... Así que algunos ni aun lo creían. Pero el desconocido, tan «tranquilo», sacó del bolsillo unos documentos, y el señor A. P. los leyó. Se trataba de dos escritos: «Queridos padres, querido papá, querida mamá, queridos hermanas y hermanos; salud. Estoy actualmente en una celda adonde me han traído para esperar estos últimos momentos. Somos cinco destinados á la ejecución: Kotel, Voskoboinkof, Roo, Lavrenof y Kizenk.

»Por lo demás, yo no soy ni el primero ni el último que muere. Me han metido en una celda obscura, así es que no veo para escribir; no distingo las letras ni las líneas que voy trazando. Querido papá, querida mamá y queridos hermanas y hermanos: leed esta carta, pero no lloréis y malgastéis vuestra salud y vuestras

fuerzas; estáis muy débiles; por Dios, no lloréis. Al contrario, estad orgullosos de vuestro hijo; muero tranquilo; miro la muerte con valor á la cara y no la temo lo más mínimo; hasta estoy satisfecho de que acaben mis torturas. Me han procesado el 29 de Octubre. Hoy 22 de Noviembre (son las doce ó la una de la noche) me siento muy alegre, y estoy orgulloso de ello porque muero sin cobardía. Esta es mi última carta de despedida. Os beso, papá, mamá, Vasia, Vania, Katia, Mania, Varia. Adiós, adiós.—*Kolia Kotel.*»

El otro documento era una carta del defensor, redactada en el estilo de una pura y simple comunicación de negocios:

«Egregio señor: Su hijo ha sido condenado á muerte por el Tribunal; después, el mismo Tribunal dirigió una instancia á Kaulbars pidiendo que se conmutase la pena de muerte por la de prisión. Hoy, en la cárcel, he sabido, por casualidad, que Kaulbars no ha atendido la instancia, y que la sentencia de muerte se ha ejecutado ayer. — Abogado, V. *Galkof.*»

El lector se imaginará fácilmente el estado del vagón de tercera clase después de la lectura en alta voz de tales documentos. El tren corre á través de la llanura rusa, con estrépito de cadenas, arrojando en la obscuridad de la noche fajas de luz desde sus ventanas. En aquel vagón de tercera clase reina el silencio. Los que no duer-

men escuchan la lectura de los documentos y los discursos, ya no tan perfectamente tranquilos, de aquel pasajero vestido con el traje de la pequeña Rusia.

El Sr. A. P. relata sucintamente el contenido de estos discursos:

— Valdría más que me hubiesen ahorcado á mí (decía el pobre padre) que á él, joven, en la aurora de la vida. Era bueno, afectuoso. No había hecho daño á nadie. . . ¡Si lo hubiesen mandado á galeras! . . . Al menos estaría vivo. . . Lo habíamos educado con tanto esmero. . . Nos había dado tantas alegrías. . . Su madre está loca de dolor; á mí es como si me hubieran sacado el corazón del pecho. . . Siento aquí el vacío (1).

Los presentes escuchaban é inclinaban la cabeza. El suceso de todos los días se presentaba por un lado nuevo. Ante los ojos de aquellas personas no había ahora un *expropiador* ni un revolucionario, sino simplemente un padre como los demás padres que tienen hijos esparcidos por el mundo estudiando ó ganándose la vida con un oficio ó un empleo. . . ¡Quién sabe lo que podrá ser de ellos! También ellos se han separado de su familia, buenos, afectuosos. Han escrito cartas: «*Querida mamá y querido papá: os mando con amor un reverente saludo.*» . . . Y he

(1) *Riech.* Tomado de la *Nascia Gaseta*, 28 Marzo 1909; del *Kievskaja Viesti*, 2 Abril 1909, y de otros.

aquí que cuando menos se piense, ellos también pueden escribir: «*Estoy separado en una celda. Dentro de media hora me ahorcarán.*» Y el defensor agregará: «*El Tribunal ha redactado una instancia, pero Kaulbars la ha denegado.*» Y la madre se volverá loca de dolor, y el padre sentirá como si le arrancasen el corazón del pecho. ¿Pero es que es culpa suya, si por todas partes, fuera de su familia, se propaga la epidemia de las agitaciones y los desórdenes? Epidemia producida, además, porque el orden actual «ya no satisface las aspiraciones de la sociedad hacia un régimen basado sobre el derecho»... ¿Por qué las madres y los padres deben pagar tan dolorosamente culpas que no son suyas? ¿Es acaso solamente su familia, y no todo el mecanismo del Estado, la que se ha quedado atrás en el progreso de los tiempos?...

¿Y por qué el general Kaulbars ha condenado á muerte á Kolia Kotel, cuando el Tribunal había solicitado que se mitigase la suerte de aquel muchacho? ¿Quién es este general tan severo é inflexible? Quizá en aquel mismo vagón de tercera clase hay quien sepa algo de este valeroso general. Se ha escrito mucho sobre él y se escribe aún. Por ejemplo, el general ayudante A. I. Kuropatkin, á propósito de nuestros fracasos en la reciente guerra, dice: «Bastará notar que el general Kaulbars, comandante del segundo ejército, no ha seguido las órdenes del general en

jefe, favoreciendo de este modo bastante las evoluciones de los japoneses. Después de haber recibido las tropas la orden de avanzar, se retiró; en vez de ir por la derecha, fué por la izquierda, y así sucesivamente...» «El Consejo de guerra ha opinado que la conducta del general Kaulbars había sido irregular; ha puesto en evidencia casos de incumplimiento de las órdenes del general en jefe y ha decidido remitir al general Kaulbars ante el Tribunal militar. Pero el juicio, por gracia soberana, no llegó á celebrarse» (1).

¿Es posible que sea aquel mismo?... Y sin embargo, sí, es el mismo. Ha perdonado á los japoneses en aquel avance amenazador y hasta ha «favorecido, en gran manera, el movimiento envolvente del enemigo.» ¿Por qué es ahora tan despiadado con Kolia Kotel, con su padre y con su madre? También él estuvo bajo la amenaza de una causa militar; solamente pudo evitarla por una gracia... ¿Por qué se muestra ahora tan contrario á conceder gracia y ha denegado la petición del Tribunal?

.....

Y el tren ruso continúa su marcha á través de la estepa, arrastrando consigo aquel terrible

(1) *Peterburgskaia Gaseta*. Reproducido en el *Riech* (7 Diciembre 1908, núm. 336) y en casi todos los periódicos.

episodio de la vida contemporánea del período inmediatamente posterior á la Constitución... En cada pequeña estación se separa un fragmento del «episodio cotidiano», y alguno de los oyentes de aquella «tranquila narración» baja para buscar un sendero que lo lleve á una aldea ó á un suburbio, ó á alguna cabaña de campesinos, ó á algún gran centro obrero. ¿Qué llevará allí? ¿Qué impresiones, qué sentimientos, qué ideas? ¿El respeto á la fuerza de la autoridad? ¿El miedo á ella? Para el general Kaulbars, aquel mismo que... ¿Y por qué no un sentimiento de dolorosa simpatía hacia los dolores de un padre y de una madre, de centenares de padres, de millares de padres y madres heridos por aquel despiadado valeroso general? Ó quizá, lo que es más probable, una gran simpatía por aquel muchacho desconocido que próximo á la muerte escribía:

«No soy ni el primero ni el último que muere. En vez de llorar estad orgullosos de vuestro hijo. Me preparo para morir dignamente; miro con valor á la muerte cara á cara...»

Es difícil adivinar cuáles de los viajeros llevarían consigo algo de aquel vagón y de aquella historia, y qué sería lo que llevarsen.

Es difícil traducir con palabras exactas los sentimientos y las ideas de un país que no puede hacer oír su voz; un país que, según se dice, ha vuelto ya á la calma; pero en el cual, bajo los

discursos constitucionales, sigue funcionando la horca... Aquel viajero vestido con el traje de los pequeños rusos, aquel que encontró casualmente el Sr. A. P., parecía estar tranquilo. Pero guarda en su pecho sus «documentos» y está pronto á mostrarlos á la primer indicación...

¿Cuándo, en qué circunstancias, ante qué jurisdicción los exhibirá?... Quién lo sabe... El porvenir es obscuro.....

¡Y el tren ruso sigue corriendo en la obscuridad, cada vez más lejos... más lejos... sobre los viejos raíles!...





IX

El procedimiento

ANTES, no hace mucho tiempo, la ejecución se practicaba de distinta manera que hoy. Hasta nuestros días, es decir, hasta el período de «renovación», era un acontecimiento excepcional, por encima de lo ordinario. Agitaba, conmovía la conciencia humana. Inspiraba horror y aparecía envuelta en una solemnidad fúnebre, casi mística.

Podrían citarse muchos ejemplos. Mas nos contentaremos con uno. El periódico moderado *Istoriceski Viestnik* (Abril de 1909) publicó unos recuerdos del Sr. Jorge Cerenkof, en que se describe la ejecución de cuatro soldados del batallón disciplinario. Todos saben poco más ó menos lo que son los batallones disciplinarios. Eran

terribles en los tiempos de Nicolás I, y acaso son más terribles aun ahora. Llevados á la desesperación por las persecuciones de que eran objeto, aquellos cinco soldados mataron á algunos suboficiales. El Tribunal militar los condenó á muerte. El autor, que fué testigo ocular, describe con mucha realidad la escena de la ejecución.

La noche que antecedió al terrible acto los demás soldados del batallón disciplinario no durmieron. Desde la caída de la tarde, cuando habían sido encerrados para el reposo nocturno, veían desde las ventanas que daban á la plaza los horribles preparativos; acá y allá corrían hombres con faroles. . . Todos comprendían lo que se estaba preparando. . .

Aun no se habían disipado las tinieblas, cuando comenzaron á llegar las tropas á la plaza. Se las colocó en varias líneas, á lo largo del muro circular.

Luego llegaron también los soldados del disciplinario, que se ordenaron en tres lados. En el lado libre, á una veintena de pasos, había plantados cinco palos. Llegaron las autoridades: primero, las locales; luego, las que habían venido de fuera. El jefe militar de la provincia, el procurador militar y otros. Envolvíanlos el silencio del amanecer.

Suena entonces un ruido de pasos y un extraño tintineo de hierros. Por el lado de la izquierda, por la puerta del muro circular entró una

turba que se movía, concentrándose como un anillo. En el centro se destacaban unas figuras encadenadas. Delante iba, con la cruz en la mano, el capellán del batallón, Jacob Stefanovski; caminaba rápidamente, casi corriendo, arrojando hacia atrás temerosas miradas, como si quisiese evitar algo terrible que hubiera allá en el fondo.

Resonó en el aire una voz de mando:

— ¡Á la ejecución!

Sonaron los tambores. Un profundo estremecimiento circuló por toda aquella masa de dos mil hombres. Los corazones comenzaron á latir con tal violencia, que cada cual podía oír las palpitaciones del corazón de su vecino.

Del grupo de las autoridades se destacó el fiscal militar con un papel en la mano. Con pasos nerviosos avanzó hasta el centro y se volvió á los condenados. Calló el redoble de los tambores.

— De orden de Su Majestad Imperial... — comenzó en voz alta —, y luego continuó la lectura tapándose la cara con el papel para no ver á los condenados.

— ¡Los auxilios religiosos! ¡Quitad las cadenas! — gritó el oficial Masalinitof, que mandada la fúnebre parada.

Algunos soldados se acercaron presurosamente á los condenados y les quitaron las cadenas de los brazos. Vino un herrero con la bigornia y el martillo. Su mano poco firme golpeaba lentamente los hierros, despedazando las cade-

nas de los pies. Luego avanzó tembloroso el sacerdote y comenzó su ministerio.

Más allá, próximos á los palos, blanqueaban ya, extendidos, los lienzos mortuorios... Á la derecha, en el muro, abrióse silenciosamente una puerta negra que daba á la estepa del lado del cementerio, y por ella entró con estrépito un carro en el que venía una inmensa caja negra.

— ¡Despedíos! — gritó el jefe de la «parada mortuoria.»

Ciurín, uno de los condenados, se estremeció. Volvióse al Norte, y extendiendo los brazos en el espacio, exclamó:

— ¡Adiós, Norte!

Y luego, volviéndose á los demás lados, siguió:

— ¡Adiós, Sur! ¡Adiós, Oriente! ¡Adiós, Occidente!

Al mismo tiempo los otros condenados pronunciaron palabras ininteligibles dirigidas al pueblo. También Ciurín se volvió hacia la multitud. Sin bajar los brazos, gritó con su voz poderosa:

— ¡Adiós, hermanos! ¡Por vosotros morimos!

Resonó una terrible voz de mando:

— ¡Ejecución!

El redoble de una docena de tambores llenó el aire, la tierra y el cielo. Suspenderemos la descripción de la escena hasta el momento en que resonó una descarga, después de la cual se vió que habían caído tres de las víctimas. Dos con-

tinuaban vivos. Luego se supo que estaban indultados y que sólo se había querido hacer que sufriesen psicológicamente la tortura de la ejecución. . . Se les acercó el médico con los ojos cuajados de lágrimas. . . Todos suspiraron aliviados.

Era por el año 1885. Rusia vió en aquella época numerosas ejecuciones, algunas de mujeres, á pesar de que la pena de muerte estaba nominalmente abolida hacía mucho tiempo. Pero, al menos, el último suplicio no había aún llegado á ser un *acontecimiento de la vida diaria*. Se realizaba á la vista del pueblo, y tenía el carácter de una triste «parada funeraria.»

El momento en que un condenado, aunque fuese un delincuente vulgar, daba el último adiós á la vida, se consideraba como algo solemne y sagrado. Ciurin, ante una multitud de millares de personas, dice adiós al Norte, al Sur, al Occidente y al Oriente; dice adiós á los compañeros, por quienes ha sacrificado su vida. El sacerdote tiembla; el fiscal se tapa el rostro con el papel; en el terrible grito del que manda la ejecución se siente el estremecimiento de un corazón humano; el médico se acerca á los palos con los ojos cuajados de lágrimas. Los envuelve á todos la conciencia de la solemnidad del acto, un vivo sentimiento de responsabilidad y horror.

En nuestros días, la pena de muerte se ha convertido en un hecho completamente vulgar. ¿Y cómo podría ser de otro modo, si los Tribu-

nales pronuncian de una sola vez 30 sentencias de muerte; si se manda á la horca por «un asalto, acompañado solamente de hurto de 4 rublos», como recientemente ocurrió en Sebastopol (1), ó bien por «un robo de 15 rublos, en el que nadie resultó muerto ni herido, como ocurrió el año pasado en Ufa» (2). Y podrían citarse por docenas hechos análogos. A medida que se hace más frecuente el acontecimiento diario, se hace más insensible la conciencia de los ejecutores. La ejecución deja de ser una «parada funeraria», y se convierte en un hecho sencillo y vulgar. Ya se empieza á ahorcar así, á la buena de Dios, sin ceremonias, sin formalidades, hasta á veces sin los preparativos necesarios.

El 13 ó 14 de Diciembre de 1908, en la ciudad de Uralsk, fué ajusticiado, en cumplimiento de la sentencia del Tribunal militar, un tal Lapin, acusado de homicidio en la persona del general Chorosckin. El verdugo, contratado por 50 rublos para aquel caso, estaba enmascarado. Se le pagó relativamente poco, quizá porque era nuevo aún en su oficio. La cuerda que había preparado no parecía á propósito; mandaron á buscar otra, pero la que trajeron era demasiado gruesa. Había que buscar una tercera. ¿Dónde? Quizá las habría en las habitaciones del director de la cárcel.

(1) *Russkila Vedomosti*, núm. 55, 9 Marzo 1910.

(2) *Kievskaja Viesti*, 27 Junio 1909, núm. 169.

Y todo esto ocurría en presencia del condenado. El inexperto verdugo debió recurrir al auxilio del mismo condenado para echarle el nudo al cuello, y... ¡Y durante todo este interminable procedimiento, Lapin afirmaba que no era culpable de la muerte de Chorosckin! (1).

En una de las provincias meridionales, un sustituto fiscal hizo una protesta característica. Habiendo ido para asistir á la ejecución de un condenado á la horca, se encontró con que se cambiaba el procedimiento: por falta de verdugo se fusilaba al condenado (2), creyendo, evidentemente, que era lo mismo. Con tal que el individuo muera, el medio se deja al juicio y á la iniciativa de los ejecutores.

El 26 de Noviembre de 1908 apareció en el periódico *Novaia Russ* el siguiente telegrama: «Hoy, al amanecer, en el patio de la cuarta Comisaría de policía, han sido ahorcados, en cumplimiento de la sentencia del Tribunal militar: Aristofidi, Kotel, Voskoboinikof, Lavranof, y Kinenko.

En el curso de la ejecución se rompió la cuerda, y Kotel cayó en el suelo, emitiendo un terrible grito. El verdugo, para acallar aquel grito, le puso el pie en el cuello. El verdugo lanzaba burlas contra Kotel y los demás condenados...

(1) *Riech, Kievskaja Vjesti*, Enero, 1909.

(2) *Novaia Russ*, 14 Diciembre 1908, núm. 121.

Y fué necesaria la intervención del fiscal sustituto para poner fin á su brutalidad» (1).

Si aquel viajero de la pequeña Rusia, que ya conocemos; aquel á quien el señor A. P. encontró en el tren que salía de Stavropol, hubiese leído este telegrama, seguramente lo uniría á los «documentos» que guarda en el pecho. Porque este Kotel es el mismo Kolia cuya carta había mostrado á sus compañeros de viaje el labrador del tren de Stavropol, aquel mismo Kolia para quien el Tribunal había solicitado la mitigación de la pena ante el inflexible Kaulbars. He aquí cómo se «mitigó» realmente la pena.

Sin embargo, esta es una «excepción». No siempre se contratan verdugos inexpertos para pagarles poco; no siempre se rompe la cuerda; no siempre el condenado debe aguardar á que se encuentre una cuerda nueva en las habitaciones del director, y no á todas las víctimas se las ajusticia dos veces en lugar de una... Los verdugos expertos, con gran práctica, son cada vez más numerosos, y no en todas las cárceles se verifican contra los condenados actos de inaudita ferocidad, como los descritos con trazos tan sacudientes por el diputado Lomtatische, en una carta que dirigió á los diputados de la fracción socialista democrática de la tercera Duma. Ahorro al lector una nueva reproducción de estas

(1) *Novaia Russ*, 26 Noviembre 1908, núm. 103.

escenas, que dieron motivo á una interpelación en la Duma, y que el año pasado ocuparon á todos los periódicos . . . Pasemos de las excepciones á la regla general, y veamos lo que ocurre de *ordinario* en las circunstancias de la vida común.

Hace bien poco tiempo, un tal Rodolfo Glas-ko, que yacía hacia ya *algunos años* en las cárceles de Riga en espera del juicio ó de la instrucción, dirigióse al diputado Gheghechkori, rogándole que obtuviese la sustanciación de su causa, lo cual, de un modo ó de otro, pondría término á sus torturas físicas y morales. Como Lomtize, consideraba como la más grave de las torturas la vecindad de los *smertniki*. «Me han puesto — escribe — en una celda al lado de la de los *smertniki*. Por la noche no he dormido. Se oyen frecuentemente los golpes de los condenados en la pared. . .

»En las primeras horas de la mañana suena en el corredor un tintinar de cadenas, rumores. . . , un grito que lacera el alma: «adiós, compañeros». . . Fuera se apagan los faroles. Es que llevan á la ejecución á los condenados» (1).

Este cuadro, descrito en sus líneas generales y más amplias, constituye el fondo del «suceso habitual». Yo, personalmente, he podido ver la siguiente copia de la carta de un detenido á

(1) *Viatskaia Riech*, 8 Marzo 1910, núm. 52.

su hermana y á su prometida, en la que se describen las impresiones de los reclusos (es decir, de centenares de personas) durante la ejecución:

«Querida N. N. . . : No sé si esta carta llegará á ti. No lo sé, porque no te la mando por el medio de costumbre, y además no puedo franquearla. Te describiré minuciosamente la ejecución de cuatro compañeros nuestros en la noche del 5 al 6 de Noviembre.

La noche del 5 entró en nuestra celda el director de la cárcel y nos aseguró que nuestros compañeros condenados á muerte estaban indultados. Nosotros casi lo creímos, tanto más cuanto que los condenados lo habían pedido en una instancia al general en jefe del distrito militar de Moscou, y era bastante verosímil que hubiese conmutado la pena de muerte por la de cadena perpetua. Pero, en realidad, resultó que sólo se trataba de una astucia del director de la cárcel. Él sabía muy bien que la ejecución se verificaría aquella noche, y había querido calmarnos. Los mismos condenados no supieron nada hasta el momento preciso, tanto que ni aun pudieron escribir á sus padres enviándoles el último adiós. Pero algunos de nosotros no dimos crédito al director y decidimos no dormir aquella noche. Hacia las tres despierto y oigo gritar: «Se los han llevado.» Llamé á los compañeros y me apresuro á correr á la mirilla. Hay algunos soldados

por el pasillo, lo que no es costumbre. Luego se oye un ruido de cadenas y resuenan pasos sobre el pavimento de asfalto del pasillo. Al cabo de algún tiempo entreví por la mirilla algunos soldados, entre los cuales caminaban cuatro detenidos. Los condenados iban en camisa, sin ninguna otra ropa que los defendiese del frío. Los habían sacado de la cama, sin dejarles vestirse. El rumor de las cadenas, el ruido de los pasos sobre el pavimento, el murmullo de los vigilantes, todo aparecía dominado por fuertes sollozos. El que lloraba era uno de los condenados, un tal Surkof, un joven de veinte años. Los llevaron al patio, les quitaron las cadenas y luego los condujeron al sitio en que iban á ser ahorcados. La noche era muy fría y soplabá un viento helado. Á lo largo del muro, por la parte de dentro, se escalonaron los soldados y por la de fuera los cosacos. Para la ejecución se escogió un lugar que no fuese visible desde las ventanas de las celdas. Á falta de horca, se pensó, para sustituirla, en una sencilla *escala de bombero* apoyada en el muro de la cárcel. Se hizo avanzar á los condenados y se les dispuso en el sitio fijado; luego se les leyó la sentencia y se les propuso comulgar y confesar. Dos rehusaron; otros dos comulgaron. Surkof continuaba sollozando, mientras los otros tres lo tranquilizaban como mejor podían. Uno de los condenados, Nosgin, á pesar de su juventud (no tenía más que diez y

siete años), se sostenía admirablemente tranquilo. Comenzaron entonces las ejecuciones. Ahorcaban uno de cada vez y cada cual tenía que esperar á que el compañero que le había precedido estuviera completamente rígido. Se dice que dos vigilantes de nuestra cárcel habían actuado de verdugos, y que para no ser reconocidos se habían enmascarado. Por lo demás, aun no se sabe con seguridad quiénes fueron los verdugos». . . « . . . Nosotros no podíamos ver cómo se desarrollaba la ejecución, y á falta de otra cosa mejor comenzamos á insultar á los oficiales que mandaban á los soldados colocados alrededor del muro». . . « . . . Tuvimos que separar de la ventana á uno de los compañeros, porque un oficial le apuntaba ya con el revólver. Acabada la ejecución, arrojaron á los ahorcados en un carro y los sacaron de la cárcel. La ejecución había producido una profunda impresión sobre todos los compañeros. En una de las celdas entonaron una marcha fúnebre, y en breve todas las demás se unieron al canto, sin que se hubiese convenido nada; la cosa se produjo espontáneamente. Cuando empezaron los cánticos, llegó á toda prisa el director de la cárcel y nos obligó á callar, amenazando con echarnos un chaparrón de agua encima y diciendo á gritos que nos fusilaría á todos. . . Cuando se hubo alejado siguió el canto. Habían sido ahorcados cuatro detenidos: Scisciakof, de veintiséis años; Surkof, de diez y nueve

ó veinte; Nosgin, de diez y siete (1) y Truscelef, de veintinueve.»

En esta descripción he sustituido con puntos suspensivos aquellas particularidades que el autor no ha visto por sí mismo y que podrían transformar también este cuadro tan común en una de las excepciones más repugnantes. En nuestros días, la realidad se ha hecho más inverosímil que las visiones de una pesadilla. Y sin embargo, me parece que el verdadero horror no está en estos ejemplos de ferocidad de los ejecutores. No está en las excepciones, sino en la regla general, en la media de las circunstancias que acompañan al terrible acto. Aquel mismo informador que me ha procurado en el interior de la cárcel la mayor parte de los datos de que me sirvo para escribir este artículo, se ocupa del último acto de la tragedia de los *smertniki*. Es el mismo cuadro que ya conocemos, con variantes de poca monta.

«... Óyese un estrépito de cerraduras, un ruido de cerrojos y de llaves, y á los pocos minutos comienzan á resonar en el pasillo los gritos de adiós. Son los *smertniki* que envían el postrer saludo á los demás condenados. Los conducen

(1) En la sesión de 19 de Julio de 1906, en la Duma de Estado, el Ministro de Justicia, Scegolvitof, dijo: «En el proyecto de 1903, que desde el 17 de Julio de 1904 ha adquirido fuerza de ley..., llama la atención el hecho de que para todos los menores la pena de muerte se sustituye con otras penas.

de dos en dos ó tres en tres, haciéndolos pasar por delante de la sala de los delincuentes comunes, sucias, fétidas y silenciosas. En tales momentos está prohibido levantarse de la cama y asomarse á la mirilla. Á los detenidos sorprendidos en infracción de esta prohibición, y mucho más á los que gritan el último adiós á los condenados, se les castiga, encerrándolos por largo tiempo en una celda oscura y terriblemente fría. Á los condenados se les lleva á las oficinas de la cárcel, y entonces la turba de guardianes vuelve para llevarse nuevas víctimas. En el despacho del director un representante del ministerio público les lee la sentencia de muerte, y luego se les hace firmar la declaración de haber oído la lectura de aquel documento. Después el sacerdote ofrece sus servicios á los condenados. Luego escriben las últimas cartas y marchan al lugar de la ejecución, en el patio de la cárcel.

»No nos detendremos en describir los pormenores de la ejecución»; y para concluir reproduce la siguiente carta de un «testigo ocular», en la que cada palabra da la impresión directa y respira una épica sinceridad, una tristeza profunda y serena:

«Dormía profundamente, mas á los primeros gritos que sonaban lejos desperté, y aun antes de darme clara cuenta de lo que aquellos gritos significaban comprendí que iba á comenzar algo horrible, que como una pesadilla se cernía sobre

nosotros ya hacía algunas noches. Todos los días esperábamos que este horror se realizara, y ahora que de veras empezaba nos parecía imposible que aquella cosa tan insensata estuviese á punto de ocurrir ante los ojos de todos. Al oír los alaridos terribles y desgarrados de los gritos y los sollozos que resonaban en el aire silencioso, me vino á la mente la loca convicción de que los que gritaban eran ellos, los que ya habían muerto. Y me parecía que los muertos tenían que cruzar todas las noches el pasillo obscuro para anunciar con sus gritos lúgubres el inminente horror, estremeciendo el sueño de los que dormían tranquilamente en la ciudad, fría, indiferente, fuera de los muros de la cárcel... De fuera de la sala venía un ruido de pasos, un vocerío confuso, indistinto; de pronto una voz bronca gritó claramente en tono brusco:

— ¡Dale! ¡Dale! ¡Qué diablo grita!

Luego cesaron los gritos y se oyó en el piso de abajo un portazo violento. Corrí á la ventana. Todavía no habían colocado las dobles vidrieras, y las ventanas, cubiertas de una capa de hielo, tenían un fúnebre aspecto. Pero había un trozo de vidrio desempañado, y yo pude, apoyado en el antepecho, observar el patio iluminado. Se cerró con estrépito otra puerta y siguió un silencio penoso, de muerte. Aquel silencio parecía infinito, y yo estaba ya dispuesto á creer que los condenados habían pasado otra puerta para

bajar al patio fatal, cuando en el patio, iluminado por una lámpara eléctrica, pude distinguir de pronto un apretado gentío que se dirigía rápidamente hacia la puerta del recinto; luego se destacó de entre los carceleros, vestidos de negro, un condenado que llevaba la blusa de los detenidos y atravesaba apresuradamente el patio, agitando los brazos de un modo extraño. Del gentío salieron dos voces — una robusta y sonora, la otra sorda y débil —; y fundiéndose é interrumpiéndose alternativamente se alzaron sobre el patio estas palabras, que parecieron quedar flotando en el aire helado:

— ¡Adiós, compañeros! ¡Compañeros, adiós!

Se abrió la puertecilla y los condenados desaparecieron por ella; la turba de los carceleros comenzó á aclararse; el patio quedó desierto, y sólo tres siluetas negras extrañamente agitadas volvieron rápidamente adentro, hacia el principal cuerpo de fábrica. ¿Había acabado, ó no? Me acerqué á la mirilla y me puse á escuchar. Como antes, de todas las celdas venía un vocerío sordo, indistinto, mezclado con toses... Oyéronse las voces de los vigilantes que volvían del patio. Llegaban hasta nosotros frases truncadas, palabras sueltas, de las que podía inducirse que el tema de la conversación era el acto que acababa de realizarse.

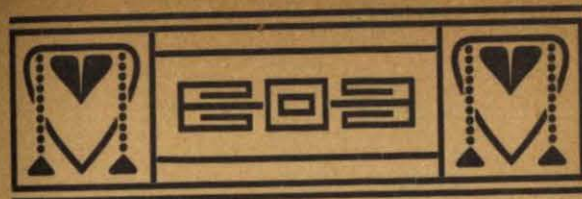
— ¿Para qué tanta cachaza? — decía uno en voz un poco más alta —. ¡Dos nada más! ¡Si los ahorcasen á todos de una vez!

La voz calló, y comenzó á hablar otro en un tono más bajo; luego, ambos á un tiempo, interrumpiéndose, acompañando cada palabra con alguna bestialidad vulgar, cínica:

— ¡Cógelo — me decía —, ciérrale la boca!; y no comprendía que me habría mordido un dedo.

— No, lo que me ha asombrado — se oyó decir á la primera voz — es la fachenda con que iba el primero; en cambio el segundo. . . ¡Era para morir de risa! Como un gatito ciego. . . Iba de aquí para allá. . . Hubiera sido mejor echarle al cuello un nudo corredizo y empezar á apretar en seguida. Si no, como un gatito ciego. . .

A lo que parece, la comparación debía parecerle feliz, porque la repitió otra vez y se echó á reír. Y había tanta estúpida inconsciencia en aquella risa, que sentí en el corazón una punzada dolorosa, y no pudiendo escuchar más me alejé. . . «Hay que ir á preguntar — se oyó que decía otra voz —; puede ser que nos den permiso; ya es tiempo de ir á dormir». Comprendimos que todo había acabado. Pero sólo por aquella vez. Acabado, hasta que en una de las noches siguientes volviesen á resonar gritos en el pasillo. Y cuando se considera que aún tienen que venir tantas noches parecidas, no se comprende cómo allá, en aquella ciudad fría é indiferente, los habitantes, que, sin embargo, se consideran como seres inteligentes y dignos de estima, siguen en su sueño tranquilo y su vergonzoso silencio. . .



Conclusión

EN 1853, en la isla de Guernesey, en la Mancha, un hombre llamado John Charles Tapner se introdujo por la noche en casa de una mujer y la asesinó. Luego la robó y puso fuego á la casa. Las averiguaciones sobre este asunto arrojaron una luz siniestra sobre otros delitos análogos, en los cuales se sospechaba con razón la misma mano.

Se procesó á Tapner. «El procedimiento se condujo con imparcialidad — escribía á este propósito Víctor Hugo, que vivía en la isla como desterrado político —; se condujo concienzudamente, de un modo que hacía honor á un Tribunal libre é imparcial. Se consagraron trece sesiones á la vista. El 3 de Enero de 1854 se pronunció la sentencia por unanimidad, y á las nueve de la noche, en sesión pública y solemne, el juez de